

EL DECLIVE DE LA IGLESIA

A raíz del Macrobarómetro del CIS publicado en marzo de este año, los datos relacionados con el sentimiento religioso de los españoles provocaron titulares como estos: “La religión pierde influencia al desplomarse los ritos y la fe. La mitad de los jóvenes no cree en Dios. España se aproxima a Francia en el aumento de la secularización”, “Una Iglesia que fabrica ateos necesita conversión urgente”, “Cada vez hay menos gente en la Iglesia”...etc.

Los datos cualquiera los puede conocer. Uno de ellos puede servirnos para calibrar la situación: sólo el 22% de los matrimonios en España se celebra “por la Iglesia”, siendo en el año 2000 bien distinto el porcentaje: el 75%. Es solo un dato, pero los otros son parecidos. Ya se sabe que la religiosidad de las personas no se ha de medir solo por las prácticas culturales o religiosas, pues, por una parte, la falta de libertad durante la dictadura franquista condicionó durante un tiempo posterior el comportamiento socio-religioso y en gran medida hizo que en muchos casos fuera totalmente hueco, formulista, o costumbrista, y por otro lado, hay otros factores que son más importantes como indicadores de religiosidad, pero que no son empleados por las encuestas, tal como la solidaridad. La Carta del apóstol Santiago nos da una buena pista al respecto: “La religión pura e intachable ante Dios Padre es ésta: visitar a los huérfanos y a las viudas en su tribulación y conservarse incontaminado del mundo.”, manteniendo una vida en consonancia con los valores cristianos.

En el año 2006 los católicos practicantes eran el 53,4% en el año 2019 son el 21,1%. No solamente es que los católicos dejan de “ir a misa”, sino que una gran mayoría pasan a formar parte de ese grupo tan amorfo de los llamados “católicos no practicantes” para los que en buena medida la religión pasa a ser algo irrelevante en su vida. Creo que hay bastantes no practicantes que a la pregunta de si es católico responden que sí, pero su catolicismo significa nada o muy poco en su vida. Están además los que abandonaron su fe.

Quienes aún estamos dentro de la Iglesia hemos de sentirnos obligados a preguntarnos por las causas de este, para nosotros, triste fenómeno. Todos, pero sobre todo sus líderes institucionales, obispos sobre manera, tienen que afrontar con valentía la situación. La respuesta no puede ser rezar y ponerse en las manos de Dios. Dios no tiene ni oídos ni manos, ni los necesita. Tampoco es un mago todopoderoso que pueda

cambiar milagrosamente la situación. La cuestión nos afecta a nosotros y no podemos revertir en Dios nuestra responsabilidad.

Tenemos que analizar la situación y ver qué podemos hacer para reconducir la deriva tan negativa de nuestra Iglesia. Habrá, digo yo, unas razones objetivas que expliquen la creciente desafección hacia ella. Creo que tanto de Jesús de Nazaret como su mensaje continúan vivos y siguen siendo una importante fuerza para hacer, junto con todos los que así lo quieran, un mundo más equitativo, igualitario, libre y solidario. Nos gustaría que nuestra Iglesia fuese lo suficientemente ilusionante como para que nadie la abandone y tan atractiva que provoque cada día nuevas adhesiones al movimiento cristiano.

Pero el problema no solo afecta a la Iglesia católica. Cada vez se habla más del declive del cristianismo en Occidente y se dice que alcanzará a otras religiones. Eso hace pensar que existen razones muy profundas comunes a todas ellas. Se cree que la principal es su incapacidad para adaptarse al cambio cultural que se está llevando a cabo. Las religiones estructuradas ideológicamente en consonancia a un modelo de conocimiento precientífico están dejando de ser viables hoy y por eso habrán de hacer cambios no solo en sus comportamientos sociales (vida austera en todos los sentidos en consonancia con el evangelio, superar el clericalismo, la mentalidad patriarcal, habrá de ser más democrática o participativa...), sino que tendrán también que cambiar o presentar de manera diferente su ideario (dogmas, moralidad, mística, etc.) y tendrán que reinterpretar o reconvertir casi toda su simbología. Creemos que estamos ante cambios inevitables y no vale cerrar irresponsablemente los ojos.